

I

El poeta es Jorge Guillén. Su nombre es tan sustantivo que no necesita de adjetivos calificativos.

El consejo está montado, cual joya, en aquellos versos:

*«Procura*

*No tener siempre razón».*

*Decía como en canción*

*Una voz desde una altura.*

*«Procura*

*No tener siempre razón».*

¿Consejo para quién o para quienes? No, evidentemente, para filósofos. El filósofo pudiera ahora definirse frente a otras maneras y viejas mañas de hacerlo, por: «es quien procura tener siempre razón». A eso se llama Sistema: Todo verdadero de todas las verdades, a la una y en uno. No fallar ni en una. Claro está que no faltan otros—individuos o instituciones— que aspiran a tener siempre razón.

Y pertenecen sus puntitos o puntillos de honra en una total, multiocular y teóricamente garantizada infalibilidad. Más aún: parece como si la clásica definición de hombre: «animal racional», exigiera «tener siempre razón» o, al menos, supu-

siera que es posible tenerla siempre y que se ha de tender y pretender tenerla siempre y no de cuando en cuando, en esto sí, en estotro sí o no. Para ellos o ellas no va ni puede ir el consejo de Guillén: el de la voz desde una altura.

Tal vez sea definición de Dios esa de que es el que tiene siempre razón en todo; y no tiene que procurarlo, pues es la Verdad.

Pero poco sacaríamos de que Dios tuviera razón si no lauviéramos nosotros, como poco saca el ignorante de que otro sea sabio. La gracia consistiría en ser Dios o en ser sabio. Como poco sacamos de creer o admitir que Dios hizo el mundo si no podemos ser Dios y saber entonces de primera mano qué y cómo es eso de sacar algo de nada, y ese Gran Algo que es el mundo.

Pero ¿es que hay, al menos, alguna especie de obligación de «tener siempre razón»? ¿de salirse con la suya? Porque, sea dicho sin eufemismos, no nos importa gran cosa tener razón si no nos la dan, o no podemos forzar a los demás a que nos la den. «Tener siempre razón» implica para nosotros tener derecho a imponerse, el derecho que decimos o creemos tiene uno por ser hombre y no por ser mulo.

Renunciemos a eso de tener razón siempre para poder imponernos o imponerla, y nos importará tal vez bien poco tener siempre o de cuando en cuando razón. Procurar tener siempre razón es una forma de «voluntad de poderío», nos diría Nietzsche, advirtiendo la cara que hacemos cuando decimos que tenemos razón o queremos imponernos con razones.

No faltan autoridades que dicen quieren imponerse por razón y van a la procura de razones para justificar su intromisión y mandonería. Mas ¡Ay! de quien les dijera: obedeceré, aunque sé muy bien que su señoría no tiene razón, aunque noto muy bien que usía procura tener y dar razones para imponerse, para vencer, y no para convencer. Tras el tener razón está el palo, cual tras la cruz dicen que está el diablo. Tras la razón jurídica, tras esa forma que llaman ley, está la fuerza, la coacción. No dar razón a la autoridad, simplemente obedecerla, es un desacato para el que dice que quiere mandar por razones y lo que quiere es, dicho claramente, man-

dar. A nuestras leyes les importa bien poco que les demos o no razones, el que obedezcamos por este motivo o estotro; lo que les importa es que las obedezcamos. Obedecer por razones, porque la ley tiene razón y procura tenerla siempre, es una manera de obedecer y no la única.

El sinceramente súbdito obedece a las leyes, no porque tengan razón —cosa discutible de suyo y eternamente— sino porque quiere: por libérrimas ganas de su libertad.

En el fondo la única razón digna para obedecer es porque me da la gana. Y si el legislador o el gobernante me dan razones o procuran que les dé yo razón a sus razones es para dorarle la píldora a la libertad. Así nos la tragamos o nos dará la gana de tragarla mejor.

Mas recordemos a Guillén:

*« Procura  
No tener siempre razón».*

No insistamos públicamente en tenerla, en exhibirla. Se enseña la oreja. Se quiere tener razón de todas maneras, con todas las mañas. No querer tener siempre razón es un acto de respeto a la libertad de los otros, y un acto de humildad propia; no querer ser o suplantar a Dios.

Pero eso de humildad es mentar la soga en casa de ahorcado. Es mentar una virtud cristiana en países que nada tienen, en realidad de verdad, de cristianos, por mucho que lo diga, de sutiles maneras, la Constitución del Estado.

En vez de la desacreditada humildad, y no por los filósofos, hablemos de modestia.

*«Procura  
No tener siempre razón»*, es acto o virtud de modestia. Y ésta es virtud humana. Y todavía quedan quienes la practican.

Guillén nos viene a decir, delicadamente, que nos hagamos el tonto de cuando en cuando. O, al menos, el sueco.

Es un arte, sutil y digno, eso de hacerse el tonto o el cian o el tonto. No empeñarse o emperrarse, a modo de mulas o de cerros, en tener siempre razón. Y no empeñarse, cuando se la tiene o cree tenérsela, en exhibirla, e prop gandear-

la y en que se nos reconozca oficialmente su posesión. Nunca es tarde para practicar actos de humildad, si uno es cristiano, o de modestia si uno se contenta con ser hombre.

## II

«Para los tiempos que vienen hay que estar seguros de algo», nos advierte Antonio Machado, «porque han de ser tiempos de lucha y habréis de tomar partido. ¡Ah! ¿Sabéis vosotros lo que esto significa? Por de pronto, renunciar a las razones que pudieran tener vuestros adversarios, lo que os obliga a estar doblemente seguros de las vuestras. Y eso es mucho más difícil de lo que parece. La razón humana no es hija, como algunos creen, de las disputas entre los hombres, sino de diálogo amoroso en que se busca la comunión por el intelecto en verdades, absolutas o relativas, pero que, en el peor caso, son independientes del humor individual. Tomar partido es no sólo renunciar a las razones de vuestros adversarios, sino también a las vuestras; abolir el diálogo, renunciar, en suma, a la razón humana. Si lo miráis despacio, comprenderéis el arduo problema de vuestro porvenir: habéis de retroceder a la barbarie cargados de razón».

¿Cuántos hay tan generosos que admiten que el adversario tiene o puede tener razón? Para ello es preciso renunciar a tener siempre razón; así quedará algo para los demás. ¡Pero que se vaya a contar eso a una sociedad montada sobre la categoría de monopolio, y que hacia él se desboca apenas puede o la dejan!

Monopolio, monoteísmo, monolitismo..., todos estos «monos» procuran desaforadamente tener siempre razón en todo, e imponerla; ser los «únicos» poseedores de la verdad, y sus únicos administradores.

Machado, quien tan bien y modestamente recurrió no tener siempre razón, advierte a nuestras naciones y sociedades de «partidos» que «tomar partido es no sólo renunciar a las razones de nuestros adversarios sino también a las nuestras: abolir el diálogo, enunciar, en suma, a la razón humana».

Quien proclame la unicidad de la verdad, en todos los órdenes o en alguno, debe procurar tener siempre razón. Tal

deber —religioso, político...— colide, sin remedio, con el deber de ser modesto y humilde, y con el de ser sinceramente respetuoso de la libertad de los demás.

La unicidad de la verdad produce la soberbia en la verdad, porque parece dar derecho a tener siempre razón, e imponerla a los demás.

Pecado por exceso de racionalidad: procurar tener siempre razón.

*«Procura*

*No tener siempre razón».*

Consejo de humildad para cristianos, y de modestia para hombres.

En este artículo hemos procurado no tener siempre, línea a línea, razón, en homenaje al poeta.